

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA,  
LECTOR DE NIETZSCHE

BUENOS AIRES, 1944-1947

*Christian Ferrer*

### **A punto de jubilarse**

Tenía, por entonces, algún renombre. A beneficio de inventario: diez libros publicados, un premio municipal de literatura y otro más de rango nacional, montones de artículos en revistas y periódicos. Era, en 1947, el anterior presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, reciente ex-empleado del correo central y renunciado profesor de escuela secundaria. Había transcurrido bastante más de la mitad de su vida y arrastraba, desde siempre, los sambenitos de resentido, impreciso, irracionalista, desencaminado, subjetivista, especulativo, caprichoso, nihilista, psicologista y apocalíptico. Más adelante se le acumularían cargos públicos de pro-imperialista, anarquista de derecha, alma bella, individualista, profeta mesiánico, compañero de ruta de la oligarquía o bien del castrismo, e incluso el de “sagrado energúmeno”. A muchos, de los de diestra y los de siniestra, tuvo en contra. Y si en la década anterior había lanzado sendas estocadas a la pampa y a la ciudad de Buenos Aires, nadie había quedado muy impresionado. En ese año en que publicó su libro sobre Nietzsche comenzaba a planificar su retiro a Bahía Blanca. Además, aprendía a dominar, muy tardíamente, el arte del violín y estudiaba a Nietzsche. Se diría que, además de jubilado, era inofensivo. Sin embargo, Ezequiel Martínez Estrada aún tenía resto, y mucho.

Cuando Martínez Estrada nació, Friedrich Nietzsche terminaba de naufragar en una isla desierta de su mente; cuando el argentino se interesó por el filósofo alemán, Alemania era casi una mala palabra; y cuando se decidió a medir sus talentos con la obra del autor “irracionalista” muchos asociaban ese nombre propio al totalitarismo y a la guerra reciente. Pero

Ezequiel Martínez Estrada no era hombre de esquivar desafíos, y la libertad intelectual era su posesión personal más preciada. Y si para encarar una tarea semejante otros necesitaban conocimiento probado de la historia clásica y moderna de la filosofía, él se autorizaba a sí mismo para hacerlo. Su profesión de fe se correspondía con el alma autodidacta, no con la del profesional. Y eso no es mal impulso para ser lector de Nietzsche.

### Antes de Martínez Estrada

Friedrich Nietzsche fue leído en Argentina, al menos hasta la mitad del siglo XX, como un “literato”, es decir, un buen estilista con ideas incomprendibles, quizás en el sentido que él mismo previó para ellas en su autobiografía. Se lo citaba de vez en cuando, en revistas básicamente, y de segunda mano muchas veces. Otras veces se lo retransmitía de cuarta. En el “campo cultural” no se lo desconocía del todo, a partir de las primeras traducciones o bien de las traducciones de sus libros al francés, pero no existía una lectura filosófica de los mismos mínimamente competente, o más bien que abarcara el arco completo de su obra. Fue, entonces, “el inmoralista”, el que había promovido la necesidad de “superhombres”, y el “pseudonarquista”, y también la nutrición ideológica de los totalitarismos de la época, particularmente después de la asunción del gobierno italiano por Mussolini; o bien era “el individualista” —y muchas veces asociado a las ideas de Max Stirner, de por sí leído por los anarquistas—, y “el amoralista” —aunque otros lo consideraron un “moralista”—; era el autor “contradictorio”, y también un “artista” más que un hombre “de ideas”. Y siempre, el genio “medio loco”, o loco del todo. En cierto momento, a comienzos del siglo XX, algunos se volvieron “nietzscheanos”, quizás como efecto de fervores propios de la juventud o como reflejo equívoco de un “espíritu de época”. Décadas más tarde, hubo “surrealistas” y más tarde aún “existencialistas”, es decir “sartreanos”. Posteriores “gramscianos”, o bien “foucaultianos”, ya son consecuencia de climas de época de índole política o universitaria. Lo leyó José Ingenieros, que por un tiempo se hizo nietzscheísta. Lo leyó Mariano Antonio Barrenechea, más bien seriamente. Lo leyó Juan José de Soiza Reilly, quien por un tiempo sim-

patizó con las ideas ácratas e incluso escribió en *La Protesta*, y lo había leído con gusto. Lo leyó Leopoldo Lugones, tal marcial él, y se había interesado en la idea de “fuerza” asociada a la vida. Lo leyó Raúl Barón Biza, millonario excéntrico e individualista, que solo había querido leer, o bien copiar —casi plagiar—, las parrafadas en que se demolía a la moral cristiana, los dejos aparentemente misóginos, y sobre todo el desprecio por los burgueses. Lo leyó Jorge Luis Borges, muy interesado en el problema del tiempo cíclico y sus eternos retornos, y que lo había asimilado, en este tema, al librito de Louis Auguste Blanqui, *La eternidad por los astros*. En fin, lo habían leído los anarcoindividualistas. Al fin, algunos decidieron tomar el toro por las astas, y eso en 1944, cuando el grupo editorial de la revista *Minerva* le dedicó un número entero, a la manera de los lechuzones que no demuestran simpatía, y cuando Carlos Astrada comenzó a trabajar en su *Nietzsche, profeta de una edad trágica*, competentemente, y cuando Ezequiel Martínez Estrada publicó su “Nietzsche, filósofo dionisiaco” en el diario *La Nación*. En ese año se había cumplido el centésimo aniversario del nacimiento de Friedrich Nietzsche.

### Música del alma

Antes que todo, Nietzsche le resultaba músico antes que pensador, compositor de teorías más que su organizador. Al comprender que las leyes subjetivas formativas de las ideas de Nietzsche respondían a impulsos melódicos, no sólo compartió la intuición de que toda cultura —y todo cuerpo— está enraizada a una lava musical, lo que ya supone un punto de apoyo antropológico radical, sino que identificó en el filósofo a un semejante suyo, porque también él se enfrentaba a la página en blanco como a un pentagrama. Hubo impulsos trastocados en sus vocaciones. El alemán era un compositor de obras para piano irrelevante y el argentino se enyugaba al violín únicamente entre las cuatro paredes de su casa; el filósofo pudo haber sido un pastor protestante de no haber optado por la filología de los clásicos y el ensayista pasó de salpimentar sus obras con proverbios bíblicos a transformarse de viejo en una voz profética que nadie tomó en serio; y si uno escribió poesías ocasionalmente o bien compuso su Zarathustra a la manera de los

poemas mayores, el otro inició su carrera literaria con media docena de poemarios pero luego declinó seguir editándolos casi hasta el final de su vida. Podrían haber sido recordados como músicos, teólogos y poetas frustrados, menores u olvidables, pero no fue así, aunque sabemos que no es posible leer sus obras sin recurrir a la religión, la melodía y el verso.

Tiempo antes de encarar la lectura de la obra completa del filósofo que enseñó y vivió en ciudades provinciales de Alemania, Suiza e Italia, Martínez Estrada había organizado *La cabeza de Goliath*, su libro sobre la inmensa Buenos Aires, a la manera del montaje cinematográfico, que es al sentido de la vista lo que el ensamblaje de los diversos instrumentos orquestales fue para el sistema descentrado de Nietzsche. Entonces, ninguna utilidad para la resolución de los problemas culturales de la urbe en su forma actual, en la misma medida en que la crítica filosófica carece de eficacia para adaptar al hombre a un entorno disonante con la vida. La música es en Nietzsche voluntad en sí misma, como en Martínez Estrada la crítica es de por sí desafinación de los modos mecánicos del pensamiento y reordenamiento del mismo en torno a los bordes paradójales de la cultura moderna. Por la misma razón, ya el pentagrama sería una claudicación en la misma medida en que los departamentos universitarios de filosofía o de ciencias sociales serían ataúdes. Tal es el poder de la afinación y el ritmo personales cuando los problemas de la humanidad son orientados hacia la vida, es decir hacia los enigmas del cuerpo y del mundo, y no hacia los programas de cátedra. Tanto para el filósofo alemán como para el ensayista argentino, la vida y el pensamiento son una y la misma cosa, como también la melodía y el concepto les fueron indisociables.

En 1941 y 1942, Ezequiel Martínez Estrada publicó tres ensayos sobre Niccolò Paganini en el diario *La Nación*. Durante años reunió material para un libro sobre el violinista que quedó inédito a su muerte.<sup>1</sup> En ese libro hay largos pasajes en que se describen y analizan los huesos de la mano y los innumerables huesillos del oído, como si hubiera querido pal-

1. El libro se publicó recién en el año 2001, en la Editorial Beatriz Viterbo, con el título *Paganini*. En 1957 publicaría otro ensayo sobre Paganini en el diario *La Prensa*.

par con la escritura los enigmas fisiológicos del virtuosismo ejecutante y de la escucha musical, pues su devoción por la voz del violín adivinaba que la fuente orgánica en que sucede el pensamiento es un estado de ánimo musical. Nietzsche había sabido escuchar en esa ley corporal al canon posible de una perspectiva filosófica en la cual la afinación de un argumento se distanciaría del ensamblaje mecánico de la teoría sistemática. Para siempre.

### Revolviendo libros

Ezequiel Martínez Estrada consultó noventa libros dedicados al análisis de la vida y la obra de Friedrich Nietzsche. Fueron enlistados, y en orden alfabético, al final de su ensayo, a título de "bibliografía", como si hubiera necesitado demostrar una cierta competencia para aproximarse al filósofo. La mayoría son obras en francés y en alemán, y entre los significativos se cuentan los de Paul Deussen, Alfred Baeumler, León Chestov, Ludwig Klages, Emil Ludwig, Hans Vaihinger, y uno de Albert Levy, sobre Stirner con relación a Nietzsche. Entre las mujeres, son mencionadas Malwida von Meysenbug, la amiga, Lou-Andreas Salome, la admirada, y Elisabeth Förster-Nietzsche, la hermana. También leyó algunos en castellano, quizás de los pocos existentes en nuestro idioma por entonces: Heinrich Mann, Richard Lonsbach, Jorge Brandes, Daniel Hálevy, Abel Rey, Jorge Simmel y Henri Lefebvre, el único marxista. También se menciona un libro de Stefan Zweig, *La lucha contra el demonio*, que fuera editado en Buenos Aires por la Editorial Tor, cuyo fondo editorial "barato" también incluía títulos del propio Nietzsche. Además, en el texto del libro, también menciona a Oswald Spengler y a Gaston Bachelard: *El hombre y la técnica* y *La formación de l'esprit scientifique*. Significativamente, en la segunda edición de 1958, Martínez Estrada eliminó las cuatro páginas de bibliografía sobre Nietzsche incluidas al final de la primera. Quizás habrá considerado que ya no necesitaba probar una sapiencia "profesional" a nadie. En la biblioteca personal de Martínez Estrada, conservada en la que fuera su casa de Bahía Blanca, hay más libros sobre Nietzsche posteriores a la edición de 1947, entre otros los de Karl Jaspers y de Crane Brinton, y tres versiones distintas del libro de

Simmel. Allí están, además, las obras de Nietzsche: tres títulos en francés, y el resto en las ediciones valencianas de F. Sempere y Cia. En la edición conservada de *Así habló Zaratustra (un libro para todos y para nadie)*, publicada por Sempere Editores en su colección "1 peseta el tomo", está resaltado el siguiente párrafo: "De todo lo escrito no me gusta más que lo que uno escribe con su sangre. Escribe tú con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu".

### Ascesis

La mutua melomanía se continúa en filiación intelectual con respecto al tratamiento debido a los ídolos de sus respectivos tiempos, sean éstos eclesiásticos o laicos. Martínez Estrada identifica en Nietzsche al apóstata antes que al negador del espíritu religioso, porque entendió que esa inteligencia se nutrió de papilla musical tanto como de combustión sagrada. Pero también él se percibió blasfemo con relación a los símbolos y creencias argentinas, y quizás haya pensado que la travesía del desierto que sufrió su *Radiografía de la Pampa* suponía una prueba espiritual equivalente al camino ascético que Nietzsche siguió luego de su renuncia a la enseñanza universitaria. Pero ese sacrificio, al igual que la insistencia de Martínez Estrada en sus convicciones ante el rechazo suscitado por su libro, sucedió en una frontera que, una vez traspasada, habilitaba pensar sin constreñimientos ni prejuicios. Así hacen los fundadores de religiones, y también los agitadores de herejías. Luego, es posible proceder por devastación crítica de lo entronizado y por fundación de formas valorativas mejores, o al menos por inmersión en picada sobre la infalible savia vivificante y salutífera de la que surge la cultura, a la que Nietzsche o Martínez Estrada jamás confundieron con productos, pues ella es ante todo problema o potencia, y de ningún modo comentario, motivo de veneración u obra destinada a su exhibición, venta y archivo. En este sentido, ambos eran puritanos.

Y si bien Nietzsche tenía a la religión cristiana por adversaria, no por eso escatimaba las palabras balsámicas del redentor, y Martínez Estrada señala que al lado de la iglesia siempre coexistieron un cristianismo profético, cuya llamada moral es salvaje, y un cristianismo popular y heréti-

co, a su manera una "prolongación anacrónica de la antigua fuerza dionisiaca". No todo es moral eclesiástica en el mundo. La severidad reformista de un Lutero y la alegría catártica de un San Francisco: esos son los extremos del genio religioso que Martínez Estrada percibe en la disposición intelectual de Nietzsche. El deber de la verdad y la risotada emancipadora del demonio, casi primitiva, que desde siempre también anida en el espíritu cristiano. La advertencia testamentaria de Nietzsche sería la de pensar sin prejuicios, es decir de nuevo, y para ello el camino ascético que ha de seguir un filósofo no es desemejante al de los apóstoles de Cristo, que predicaron su buena nueva con honradez y pureza, sin mancha, en la espera de una forma de valorar que fuera al fin inocente. Que el camino condujera más luego a las escalinatas de la catedral o de la catedral no impidió a otros echar a los mercaderes del templo o levantar el martillo sobre las estatuas de los santos laicos.

### Vida y cultura

Muchos años antes Martínez Estrada había estudiado las obras de Oswald Spengler y de Georg Simmel, que contribuyeron a dotar de perspectivas conceptuales a sus preguntas sobre los dilemas culturales de Occidente, aun cuando él sabía bastarse por sí solo para inmiscuirse libremente en el laberinto argentino. Se diría que se los apropió. En cambio, con Nietzsche, se midió. De las ideas nietzscheanas se interesará especialmente en aquellas que podían potenciar la forja de las "ciencias culturales", y por cierto ellas han de lidiar con problemas contradictorios y animadores de angustia. Nietzsche hacía pasar la razón a contrapelo, es decir contra sí misma, y tanto la intuición, el mito, la metáfora, el misticismo y la belleza le posibilitaron captar impresiones vivas y frescas de las actividades humanas. Sería dificultoso, sino imposible, adosarle un programa o un sistema a dichas ciencias de la cultura, pues la vida propone acertijos dramáticos y no teoremas a los que podría estaquearse con erudición y paciencia. Martínez Estrada se da cuenta que Nietzsche se plantea la cultura como problema y considera inútil adosarle un programa filosófico, pues la resolución de los mismos depende de "ciertas facultades o potestades humanas infalibles", es

decir no-degenerativas. La humanidad erige ciudades acorazadas y sistemas lógicos a modo de refugios contra el horror de la existencia, pero esas fortificaciones culturales solo colaboran en su aniquilación, o bien en hacer centrípetas y corrosivas a las pulsiones vitales, con lo que se engendran los monstruos del resentimiento, la mecanización y el Estado. Por eso mismo, en 1958, a la segunda publicación de su largo ensayo, aumentado y acompañado de trabajos sobre Montaigne y Balzac, la titulará "Nietzsche, filósofo dionisiaco", con el fin de afianzar la idea de que es privilegio de la realidad viviente crear valores y del cuerpo humano ser el médium que, por medio de ecos y estremecimientos sensibles, ordene el vínculo histórico con la naturaleza y el mundo social, que es trágico antes que evolutivo.

Martínez Estrada insiste una y otra vez en que Nietzsche contribuyó a la construcción de la "ciencia de la cultura". Ese era su mismo proyecto, al que había dado comienzo en *Radiografía de la Pampa* y continuado con *La cabeza de Goliath*. En el mismo año en que leía y tomaba notas para su *Nietzsche*, Martínez Estrada también leía y analizaba la obra de Domingo Faustino Sarmiento, al que dedicó un libro, publicado en 1946. Al año siguiente publica dos conferencias tituladas "Los invariantes históricos en el Facundo". Habían pasado cien años desde que Sarmiento publicara *Civilización y barbarie*, en el mismo año en que Friedrich Nietzsche nacía en un país lejano. Martínez Estrada comprendió civilización y barbarie, supuestos opuestos, que tanto habían robustecido los argumentos sarmientinos, eran especulares, y aún más, eran la conjunción cultural de un solo monstruo siamés. La idea no es contradictoria ni irracional, pues no todo es lógico en el mundo, y Martínez Estrada leyó en Nietzsche que el uso de la razón no es tan lícito en asuntos que tienen que ver con la vida y la cultura, y que a la verdad no se arriba solamente por deducción; también por "instinto", por revelación onírica y por adivinación del enigma del laberinto.

### Nietzsche contra Ford

Quizás la veta más impactante y más actual que Martínez Estrada extrajo del yacimiento nietzscheano concierna al problema de la técnica,

ca, que ya en el siglo XIX desplegaba un entramado de sustentación de la vida que a todos, y a todas las ideologías, forzaba a declamar un himno laudatorio. Porque la técnica era el ventrílocuo y la época su títere. El contexto técnico en que Martínez Estrada piensa la cuestión ya había aferrado los cuatro puntos cardinales, y la reciente guerra, la mecanización acelerada de la vida cotidiana y el arrasamiento de ciudades en apenas instantes eran advertencias que otros gustaban descifrar a título de excepción trágica o de síntomas de un bienestar prometido, pero que el ensayista, como antes el filósofo, preveía como antesala de la organización tecnocrática del mundo aliada a la esclavitud voluntaria de seres humanos que optan por la seguridad y no por la subversión de las condiciones de existencia. El animal laborioso aherrojado a la máquina no es del todo desemejante al animal de matadero, y ambos resultan ser los daños colaterales de potencias tanáticas que se presentaban amablemente en sociedad tras las máscaras del progreso, el confort y la vida asalariada. En ese aquelarre manso se celebra lo que Martínez Estrada llama un "rito negro", y si en la iglesia constituida Nietzsche había percibido el molde del Estado moderno, en el tipo humano incapaz de trastocar su resentimiento en ansia vital se le evidenciaba el hombre mecanizado de la actualidad, súbdito de aquel otro. Por lo tanto, el viejo tema de la "cuestión social" no era para Nietzsche reducible a las coordenadas económicas del problema, y por eso Martínez Estrada lo percibe como redentor de la existencia y no como planificador o "gerente de banco", y de todos modos el sistema industrialista que promovían liberales, conservadores y socialistas por igual, y donde medraban capitalistas y tecnócratas, era fuente de inmensas desdichas humanas, un sarcófago del mundo en que se protegían y perfeccionaban las cosas en la misma medida en que se hacía sufrir al cuerpo.

En el libro, Martínez Estrada cita a Spengler: *El hombre y la técnica*. Había leído, además, y con el fin de apuntalar sus obras mayores previas, a Lewis Mumford y a Georg Simmel. Esos autores estimularon la suspicacia estradiana con respecto a la mecanización de la existencia. Para la misma época Carlos Astrada dedicó un capítulo de su propio libro de interpretación de Nietzsche a pensar algunos aspectos referidos a la cuestión de la técnica. Significativamente, el nombre del capítulo se transfor-

ma en el paso de la primera a la segunda edición del libro: “El ethos de la obra creada” y “Ethos de la obra personal y trabajo capitalista”, enfatizándose así la creciente influencia marxista —y peronista?— sobre su pensamiento. Aseverar que Nietzsche fue un pensador de la técnica supone un cierto forzamiento de sus ideas, aunque quizás bastaría con exprimir las un poco y se destilaría un jugo corrosivo sobre la época que fabricaba “animales de trabajo”, a su vez “esclavizados a la moral”. Después de todo, cada siglo se toma el derecho a releer a los autores del anterior de acuerdo a los nuevos problemas que acucian al pensamiento. Martínez Estrada percibe en los edificios, las fábricas, los transatlánticos, los aviones, los negocios y las carreteras a osificaciones, enormes como mausoleos, que imposibilitan la fundación de un nuevo tipo de ser humano. Los hombres habían devenido en instrumentos de las cosas, o en muñones atemorizados en búsqueda de confort y garantías, o en creyentes de una religión científica. Y la pasión por la ciencia no es excusa, no sólo porque el punto de vista educado únicamente por la lente del microscopio o de la cámara fotográfica sería restrictivo, sino porque la organización tecnocrática de la vida hace de la coartada del alma bella un panegírico fúnebre: “Los grandes investigadores de las formas y medios de curar las enfermedades y de prolongar la vida trabajan en los mismos laboratorios que explotan las industrias de guerra para la destrucción en masa de poblaciones enteras”. Lo que Nietzsche atacó en el “último hombre” es lo que Martínez Estrada aborrece del hombre mecanizado, forma moderna de la figura del “esclavo”, aquel que instaurara las leyes de Tubalcaín —nombrado en el libro—, tataranieta de Caín y fundador de las ciudades bíblicas.

### Verdad y método

En tanto Martínez Estrada cargaba con la acusación de “intuicionista”, el estilo y los problemas de Nietzsche no podían sino aparecérselos como las conquistas mentales de un antecesor. La forma a la vez agresiva y danzarina con que el filósofo derribaba los ídolos de su tiempo y martillaba sobre los antifaces de la razón tenía que seducirlo y confirmarlo en su propio camino de desenmascaramiento de las “certezas argentinas”. Quizás

por eso Martínez Estrada llama a Nietzsche un “vikingo de la verdad”, y no sólo por haber aceptado con entusiasmo una misión destructora del pensamiento programático, sino por haber puesto en riesgo su alma y su salud en el empeño y con el fin de hacer de estilo de vida y de meditación una sola y la misma cosa. De allí en adelante, el saber no conduce al dato ni al concepto universal sino a rendir tributo a los demonios personales y a transformarlo en una función de la vida. Que la contradicción, la exageración y el despiste no resulten ser erratas del pensamiento, sino sus riesgos inevitables, no hace sino reafirmarle a Martínez Estrada la envergadura de la honradez de su retratado.

La apetencia de saber no se satisface únicamente con razones, mucho más cuando la túnica sacerdotal y el capirote doctoral monopolizan a la verdad y transforman la razón en una “aberración lógica”. Para un hombre como Martínez Estrada, recostado sobre la literatura y la metáfora más que sobre el método y el axioma, la confianza de Nietzsche en la música, “norma eterna del saber”, y en el concepto vivo, entendido como fruto madurado por la tensión psíquica, tenía que resultarle la señal dejada en el camino por un predecesor. Nietzsche era, para el argentino, un erudito caliente y un místico exaltado del conocimiento, al igual que él mismo. Meditar a martillazos era igual a ladrar en la pampa, dos modos de corresponderse con la esencia melódica de las cosas. Los problemas adquieren estatuto de adversarios, y a su consistencia se la prueba con las maneras del púgil, pero también con la delicadeza del caballero, y por eso las palabras revelación, intuición, valentía, belleza y pureza se repiten en el libro asociadas al nombre de Friedrich Nietzsche.

### A través del espejo

La mente de Nietzsche era un órgano impetuoso de la curiosidad, no del compromiso con las sectas universitarias, y por lo tanto la enorme presión de la meditación se dirigía contra sí mismo, y no primordialmente contra un mundo lógico. Sus ideas, “piezas sangrantes cobradas en lucha”, eran fruto de la hostilidad contra lo adquirido desde siempre, y era inevitable que ello culminara, al final de la vida consciente de

Nietzsche, en un “drama de cuerpo”, en una metamorfosis que otros llamaron locura pero que a Martínez Estrada se le antoja una transfiguración, la “restauración de una mente mítica”. El propio Martínez Estrada interpretará posteriormente su larga postración —su *vía crucis* soriático— como consecuencia somática de su combate contra la Argentina entera. Ezequiel Martínez Estrada podía identificarse fácilmente con la obra de Nietzsche porque sus temperamentos intelectuales eran asimilables: tormentosos, paradójales, caprichosos y radicales, y porque la aspereza del filósofo y su propia amargura respondían menos a la dolencia del intelecto que al mandato jubiloso de amar al hombre, o más bien a la vida. Y por eso mismo el Nietzsche de Ezequiel Martínez Estrada tiene menos de análisis de una biografía y una obra que de autorretrato.

### En letra de molde

El *Nietzsche* de Martínez Estrada salió de imprenta el 26 de noviembre de 1947, por EMECÉ Editores e integrado a la colección “Cuadernos de Grandes ensayistas”. Era el número 4 de la serie dirigida por Eduardo Mallea. Las 102 páginas del libro incluían un retrato de Nietzsche, un dibujo, firmado por A. Lisa. La edición de dos mil ejemplares es bella, con tapa gris sobre la cual se había pegado un rectángulo de papel blanco impreso con el título del libro y el nombre del autor. El papel era de excelente calidad (papel verjurado), y resiste muy bien hasta el día de hoy, y por cierto varias páginas están impresas a dos tintas, negra y roja. Sin embargo, no fue esa la edición definitiva del libro. El 7 de enero de 1958 salió de imprenta un libro que reunía tres trabajos de Martínez Estrada titulado *Heraldos de la verdad*. Montaigne, Balzac y Nietzsche compartían esas páginas en calidad de adalides de una actitud que era, para el propio autor, una profesión de fe. Al libro lo había publicado Nova, casa editora que se especializaba en obras filosóficas, y entre cuyos fundadores y animadores figuraban profesores e intelectuales platenses, siendo La Plata una ciudad en la que Ezequiel Martínez Estrada había dado clases por muchos años, veinte para ser precisos, en su Colegio Nacional, que dependía orgánicamente de la Universidad. El capítulo sobre Montaigne

ya había sido incluido a manera de estudio preliminar a una selección de sus ensayos.<sup>2</sup> En cuanto a Balzac, Martínez Estrada ya había publicado algunos artículos en revistas y diarios,<sup>3</sup> pero más adelante trabajaría incansablemente sobre su obra. Al final de su vida activa, Martínez Estrada publicó *Realidad y fantasía en Balzac*, editado por la Universidad Nacional del Sur, en noviembre de 1964, en el mismo mes en que falleció en Bahía Blanca. Es difícil saber por qué Martínez Estrada decidió aunar a los tres autores en un solo libro. Quizás haya sido una sugerencia de la editorial, quizás idea suya. En todo caso, faltaban pocos meses para que el ensayista abandonara el país, un tanto despechado, con destino a México, y convencido de que la “verdad” y la Argentina eran enemigos jurados.

El capítulo sobre Nietzsche de *Heraldos de la verdad* está aumentado en tamaño con respecto a la edición de EMECÉ. En verdad, Martínez Estrada intercaló párrafos nuevos en el texto, lo que sugiere que decidió revisar el texto y que, más que reescribirlo, prefirió agregar ideas en forma independiente de la anterior redacción cuando así lo creyó conveniente. En todo caso, no fue excesiva la cantidad de agregados. El ensayo sobre Nietzsche está subtítulado “Filósofo dionisiaco”, al que ya había recurrido en un artículo suyo aparecido en el diario *La Nación*,<sup>4</sup> en 1944. Justamente por ese tiempo Carlos Astrada lee la obra de Nietzsche y publica su propia interpretación,<sup>5</sup>

2. M. de Montaigne, *Ensayos*, Buenos Aires, Editorial Jackson, 1948, páginas IX a C. La traducción es del propio Martínez Estrada. Previamente, en 1946, había publicado un artículo sobre Montaigne en *Los Anales de Buenos Aires*. También Martínez Estrada había preparado el estudio preliminar a las *Comedias* de William Shakespeare, en el mismo año y por la misma editorial, en páginas IX a XLVI.

3. En 1950, en *Hommage à Balzac*, en París; en 1951, en *Cursos y Conferencias*; y en 1957, en *La Prensa*, en *Revista do Livro*, de Río de Janeiro, y en *Cuadernos Americanos*, de México.

4. *La Nación*, 15 de octubre de 1944, 2º sección, página 1.

5. C. Astrada, *Nietzsche, profeta de una edad trágica*, Buenos Aires, Editorial La Universidad, 1945. El libro de Astrada, al igual que sucedió con el de Martínez Estrada, será reeditado, en 1961, y también en versión aumentada, pero con otro título: *Nietzsche y la crisis del irracionalismo*, que parece indicar un sesgo distin-

lo que permite aseverar que ambos trabajaban en el mismo momento sobre el mismo tema, pues también en 1944 Martínez Estrada publicó otro artículo, "Nietzsche, o del estilo", en *Humanidades*.<sup>6</sup> De hecho, se trata de una parte del libro que sería publicado dos años después. Quizás el origen del interés estradiano en Nietzsche principie en 1944, a raíz de una conferencia suya dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores sobre "Lo poético en Nietzsche". La ocasión era el centésimo aniversario de su nacimiento.

De vez en cuando Martínez Estrada dedicó algunos esfuerzos más a Nietzsche. El 22 de agosto de 1950, y nuevamente en el Colegio Libre de Estudios Superiores, disertó acerca de "Nietzsche: la vida del hombre como problema y como programa". En ese momento la institución constituía un refugio de profesores echados o renunciados de la Universidad, a la vez que antiperonistas. La conferencia abrió un ciclo de charlas en ocasión del medio siglo de la muerte de Nietzsche y luego se publicó en la revista del Colegio, *Cursos y Conferencias*.<sup>7</sup> En el mismo año, Martínez Estrada publicó otro artículo en la revista *Sur*,<sup>8</sup> y luego

---

to en la interpretación. También Martínez Estrada cambiara su propio título en la reedición de 1958, cambiando el "Nietzsche" original a "Nietzsche, filósofo dionisiaco", lo que señala más bien una confirmación. Más paralelos: así como Martínez Estrada había publicado su *Sarmiento* y dos conferencias sobre el Facundo y lo "facúndico", en 1946 y 1947, Carlos Astrada publicaría en 1948 *El mito gaucho*, y Martínez Estrada, en el mismo año, *Muerte y transfiguración del Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*.

6. E., Martínez Estrada, "Nietzsche, o del estilo" en *Humanidades. Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata*, La Plata, Vol. 30, 1944, páginas 37 a 50.

7. E., Martínez Estrada, "Nietzsche, una filosofía dionisiaca", en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, Nro. 220, Año 19, Vol. 37, julio de 1950, pp. 145 - 158. En verdad, se trató de la lectura de una parte de su libro.

8. E. Martínez Estrada, "Apostilla para la lectura de Nietzsche" en *Sur*, Nro. 192-194, octubre-noviembre-diciembre de 1950, pp. 70 - 74. Nuevamente, una parte de su libro, la que va de las páginas 200 a 207. En el mismo número Héctor A. Murena publicó un artículo: "Nietzsche y la desuniversalización del mundo".

otro breve texto en 1956.<sup>9</sup> Quizás sean más significativas las referencias a Nietzsche con que salpimentará diversos ensayos e intervenciones suyos hacia fines de esa década.

### Ecós

A juzgar por los comentarios y reseñas del *Nietzsche* aparecidas en la prensa, la repercusión fue mínima, no más que noticias, más bien breves, sobre su existencia, y opiniones descafeïnadas y descomprometidas.<sup>10</sup> A veces, laudos: "personalísimo ensayo" y "estilo vigoroso y adornado". Una sola vez, alguna precisión, tal el caso de José Sánchez Trincado: "Martínez Estrada avanza en curvas de espiral cada vez más cerradas para acosar el tema", a la vez que califica al ensayo de "ideológico y poético" al mismo tiempo. Otro señala la falta de distancia del autor: "sostenido tono apologético". Diez años más tarde, *Heraldos de la verdad* no gozará de mayor atención,<sup>11</sup> aunque los nombres

9. E. Martínez Estrada, "Nietzsche" en *Almanaque Civil 1956. Evolución del Pensamiento Universal*. Edición del Ateneo Liberal Argentino, noviembre de 1956, p. 9.

10. S. Bullrich, "Nietzsche, por Ezequiel Martínez Estrada" en *Atlántida*, Buenos Aires, agosto de 1948, p. 72. Incluye una fotografía de Martínez Estrada; "Nietzsche, por Ezequiel Martínez Estrada", en *La Nación*, 18 de abril de 1948; "Nietzsche, por Ezequiel Martínez Estrada", en *La Prensa*, 25 de abril de 1948, 3ª sección, página 1; "Nietzsche, por Ezequiel Martínez Estrada", en *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, 12 de septiembre de 1948; R. Quintana, "Nietzsche, por Ezequiel Martínez Estrada", en *El Hogar* n° 202, 2 de julio de 1948, Volúmen 44, página 21. Incluye una fotografía de EME; J. S. Trincado, "Ezequiel Martínez Estrada: Nietzsche", en *Revista Hispánica Moderna*, Columbia University, New York, Casa Hispánica, Nro. 3-4, Vol. 14, 1948, pp. 300-301.

11. G. A., "Heraldos de la verdad" en *La Prensa*, 16 de marzo de 1958, 2da. sección, p. 4; F. J. Solero, "Heraldos de la verdad, por Ezequiel Martínez Estrada" en *Ficción*, Nro. 14, julio-agosto de 1958, pp. 173-174; B.V. (iniciales de Bernardo Verbitzky), "Heraldos de la verdad, por Ezequiel Martínez Estrada"



propios que firmaron los comentarios eran de mayor peso: Bernardo Verbitzky, Leónidas Barletta, Francisco Solero.<sup>12</sup> *La Prensa* es breve y contundente: “cien páginas de prosa maciza, en la que apenas se deja respirar al lector”. También Francisco Solero es escueto pero elogioso, clasificándolo entre los libros “unitivos y acuciadores”. Es interesante que Solero aprovechara su escasa página para criticar extensamente la “desarmonía entre los cultivadores de lo nacional y los defensores de lo universal”, congratulándose que Martínez Estrada haya roto “las vallas del fatalismo y la clausura nacionales”. Bernardo Verbitzky apunta a la “lucidez en la comprensión y el vigor expresivo”. En *Propósitos* no se escatiman los laureles: “magnífico libro de nuestro gran escritor, sin lugar a dudas, el espíritu más original y potente de América toda, el más elegante prosista de estilo que conoció la Argentina y el pensador de más desgarrada sinceridad que hayamos leído”. Y luego, nada más.<sup>13</sup>

---

en *Davar*, Nro. 79, septiembre-octubre de 1958, pp. 90 - 91. “Heraldos de la verdad, por Ezequiel Martínez Estrada” en *Propósitos*, 19 de marzo de 1958; B.V. (iniciales de Bernardo Verbitzky), “Heraldos de la verdad, por Ezequiel Martínez Estrada” en *Noticias Gráficas*, 29 de abril de 1958; “Heraldos de la verdad, por Ezequiel Martínez Estrada” en *Nova*, Nro.11, mayo de 1958.

12. Los tres autores trataban a Martínez Estrada con simpatía. Francisco Solero ya había escrito un ensayo sobre Martínez Estrada y la revista *Ficción* le había dedicado bastante espacio, tanto publicándolo como reseñando sus libros posteriores a 1955. En el caso de Bernardo Verbitzky, se trataba del director de la revista *Davar*, editada por la Sociedad Hebraica Argentina, quien escribiría otra reseña sobre M. Estrada. El breve suelto en *Propósitos* fue escrito probablemente por Leónidas Barletta, su director y amigo personal de Martínez Estrada. Además, Martínez Estrada escribió numerosos artículos en ese semanario.

13. Hasta donde sé, apenas unas páginas comparativas que Guillermo David le dedicó en su *Carlos Astrada. La filosofía argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005; y el artículo de Sebastián Abad en el dossier de la revista *Instantes y Azares. Escrituras nietzscheanas*, año 1, N° 1, primavera 2001, Buenos Aires, EUDEBA (“La verdad se cobra al heraldo. Martínez Estrada frente a Nietzsche”). Al fin, mi propio prólogo a la próxima reedición del *Nietzsche* en La Caja Editora: “Autorretrato con modelo”.